

Nuevas líneas de investigación en la historia del Carlismo

Manuel MARTORELL PÉREZ*

Cuando en 1983 me propuse, tras acabar la carrera de Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona, realizar un estudio sobre la revista *Montejurra*, en ningún momento se me pasó por la cabeza que terminaría dedicándome a la investigación histórica. Aquel trabajo tenía que ver con la Historia, sí, pero con la Historia de los Medios de Comunicación de Masas, con los *Mass Media* en la terminología usual de aquellos años. Concretamente, me proponía seguir la trayectoria de esta publicación creada, editada y distribuida por un grupo de carlistas navarros a comienzos de los sesenta y clausurada por orden gubernativa en 1971. Se trataba, por lo tanto, de un trabajo descriptivo sobre su organización, funcionamiento, secciones, estilos, contenidos, etapas, diseño, formatos, distribución y estructura empresarial, aprovechando las técnicas usadas por Jacques Kayser para analizar los diarios franceses¹.

Entonces ya me llamó la atención que en aquellos años inmediatamente posteriores a la transición democrática, contando en el entorno regional de Navarra con dos facultades de Periodismo (Pamplona y Bilbao), la revista *Montejurra* no hubiera sido objeto de estudio en alguna de las tesis doctorales que se iniciaban cada año. La sorpresa por este desinterés era mayor si se tenía en cuenta la importancia que el carlismo había tenido en la historia contemporánea no solo de Navarra sino del conjunto del País Vasco y que esa publicación se había convertido en órgano oficioso de la Comunità Tradicionalista en los años 60, cuando experimentó un notable rebrote de su actividad.

Repasando el contenido de sus dos grandes etapas —en total, 89 números—, se podía seguir su evolución precisamente cuando el más antiguo de los partidos políticos españoles había sufrido una de las transformaciones ideológicas más sorprendentes que se conocen, fenómeno de por sí suficientemente atractivo para plantear una investigación. Esta fue la razón por la que aquel proyecto de Historia del Periodismo se convirtió en una tesis doctoral sobre esa evolución ideológica, abarcando casi toda la dictadura franquista, aunque centrándose en la trayectoria de la revista.

Javier Tusell, uno de los máximos especialistas en el franquismo y, en esos momentos, director del Departamento de Historia Contemporánea de la UNED, aceptó dirigir la investigación, recomendando una razonable acotación temporal ya que el periodo propuesto (1939-1971) era excesivamente amplio. Se impuso, finalmente, delimitarlo a la década de la posguerra,

* Doctor en Historia

1. El libro de Jacques Kayser *El Diario Francés* (ATE, Barcelona, 1979) era ya un clásico en este tipo de trabajos.

una de las épocas más desconocidas del carlismo, haciendo, eso sí, una aproximación a la situación del legitimismo durante el conflicto armado y estableciendo una relación con los años 50, cuando había iniciado ese notable resurgimiento sobre todo en Navarra.

De forma tangencial, apareció la figura de Jesús Monzón Repáraz, un dirigente comunista navarro que se había encargado de la reconstrucción del PCE en Francia bajo la ocupación nazi y que había propuesto en 1941 una Unión Nacional contra Franco y la Falange en la que integraba a los carlistas pese a que, solamente tres años antes, habían estado al otro lado de las trincheras. Jesús Monzón, que había impulsado la formación del PCE en su tierra, ocupado relevantes cargos institucionales en la zona republicana, levantado en armas al maquis en Francia y ordenado la invasión del Valle de Arán, había sido condenado al olvido por la dirección de su propio partido debido a esa política de Unión Nacional, llegando a ser acusado de colaborador y agente de Franco.

22 Junto a Jesús Monzón fueron condenados al ostracismo por la “historia oficial” del PCE muchos de sus colaboradores, varios de ellos igualmente navarros, sobre los que recayó la sospecha de la traición, cuando su único “delito” había sido defender una estrategia para derribar la dictadura que, a posteriori, fue considerada equivocada por la cúpula del partido. Este hecho provocó centrar el interés sobre la gran capacidad distorsionadora que tienen las denominadas “historias oficiales”, puesto que prescindían de hechos y personas que asumieron grados de compromiso poco comunes en coyunturas tan difíciles como la Guerra Civil y la Resistencia al nazismo. El resultado de este interés fue la apasionante biografía *Jesús Monzón, el líder comunista olvidado por la Historia* (Pamiela, Pamplona, 2001), y las reseñas biográficas insertadas en las obras colectivas *Mujeres que la Historia no nombró* (Ayuntamiento de Pamplona, 2005) y *El exilio republicano navarro en 1939* (Gobierno de Navarra, Pamplona, 2002), además de dos capítulos en este último libro².

Aunque el más memorable de estos comunistas olvidados era Jesús Monzón, otras figuras habían destacado igualmente por su protagonismo histórico, como ocurría con las hermanas Uriz Pi, cuya muerte en el exilio no solo pasó desapercibida sino que nadie se ocupó de recuperar la correspondencia, escritos, anotaciones o fotografías que habrían permitido reconstruir unas vidas dedicadas a los avances pedagógicos y a la defensa de los derechos de la mujer.

Otros casos aún resultaban más dramáticos, empezando por la verdadera tragedia humana que supuso la desaparición de Sergio, el único hijo de Jesús Monzón y su compañera Aurora Gómez Urrutia, muerto de niño en extrañas circunstancias cuando fue enviado a la Unión Soviética al comenzar la Guerra Mundial. Sus padres no consiguieron romper la impenetrable burocracia estalinista y nunca llegaron a saber siquiera dónde había sido enterrado, convirtiéndose Sergio en una de las víctimas de la guerra de las que nunca se ha vuelto a saber nada. No menos dramáticas fueron las circunstancias de la muerte del pamplonés Luciano Sádaba,

2. Nueve reseñas biográficas de comunistas navarros y los capítulos *El PCE tras la Guerra Civil* y *Los navarros en los campos de exterminio nazi* del libro editado por el Gobierno de Navarra y otras tantas referencias biográficas en la obra sobre las mujeres de Pamplona.

que logró sobrevivir a las dos guerras —la española y la mundial— para caer en manos, casi de forma casual, de la policía franquista y terminar en una fosa común tras un expeditivo consejo de guerra sin que sus padres pudieran reclamar su cuerpo. ¿Y qué decir de los navarros muertos en los campos de exterminio nazis? Cuando me encargaron realizar una recopilación de quienes, tras el exilio, acabaron realizando trabajos forzados hasta la extenuación para las ss, me encontré con que prácticamente no existían datos sobre ellos ni sobre su trágico final.

Tanto en estos como en otros casos, la “historia oficial” funciona como un conjunto de presupuestos establecidos con los que se interpretan los acontecimientos, negando aquellos hechos o sujetos históricos que contradicen la explicación oficial; en definitiva, una especie de neo-idealismo que impide el desarrollo de la investigación. Desgraciadamente, la del PCE no es la única “historia oficial” capaz de borrar de la memoria colectiva a protagonistas que merecen atención al realizar el relato de los acontecimientos. Los trabajos sobre el carlismo en este mismo periodo revelan que se han aceptado con demasiada facilidad las interpretaciones “oficiales” sobre su actitud política.

Esta ha sido otra de las grandes sorpresas en estos años ejerciendo el oficio de los historiadores. Resultaba que, en una región —la vasconavarra— donde este movimiento legitimista ha tenido un papel sociopolítico tan relevante, apenas se había prestado atención a la hora de estudiar el franquismo a aquellos sectores que, como los denominados falcondistas o javieristas, se habían opuesto al nuevo régimen pese a haber participado en el Bando Nacional durante la guerra. Debido a su peso específico dentro de la amalgama tradicionalista y a que habían logrado mantener la autonomía del carlismo como movimiento político tras el Decreto de Unificación de 1937, no parecía lógico mantenerlos al margen de los estudios históricos; y, sin embargo, parecía aceptarse de forma generalizada la tesis franquista de que el carlismo en su conjunto había quedado integrado en el Movimiento Nacional.

Tal olvido ha tenido fatales consecuencias para nuestra Historia ya que ha impedido responder a los numerosos interrogantes que todavía permanecen en el aire sobre la participación de las bases carlistas en la sublevación contra la República y en la represión contra los militantes del Frente Popular. Con toda seguridad, un buen proyecto de historia oral, llevado a cabo en el momento y condiciones adecuadas, habría dado mucha luz a estas incógnitas.

Esta fue una de las cuestiones que se plantearon en el ciclo de conferencias organizado por el Instituto Gerónimo de Uztariz en Pamplona bajo el título *Nuevos desafíos en la historia del carlismo* los días 17, 18 y 19 de mayo de 2006. En la ponencia *Historia oral, inmaterial e intrahistoria en la recuperación de la memoria colectiva en la Navarra rural* intenté reflejar lo frustrante que me estaba resultando comprobar cómo apenas quedaban con vida requetés a los que realizar esas inquietantes preguntas y cómo los sentimientos de los que pude entrevistar tenían poco que ver con las explicaciones dadas por las “historias oficiales” sobre las razones que les habían llevado a intervenir en la sublevación y el desengaño que supuso la instauración de una dictadura no deseada.

Debido a una serie de limitaciones imprevistas³, el trabajo se prolongó durante casi diez años. Pese a todo, el resultado fue más que satisfactorio, ya que su publicación bajo el título *Retorno a la lealtad. El desafío carlista al franquismo* (Actas, Madrid, 2010) tuvo el honor de recibir el Premio Internacional de Historia del Carlismo Luis Hernando de Larramendi. Ese mismo año aparecía la recopilación de testimonios llevada a cabo por Pablo Larraz Andía y Víctor Sierra-Sesúmagá en *Requetés. De las trincheras al olvido*⁴. Aunque con otro enfoque, esta voluminosa obra permitía ilustrar esos sentimientos, responder a algunas de las cuestiones pendientes y mejorar el conocimiento sobre los motivos reales que llevaron a las bases carlistas a participar en la sublevación de 1936.

Ambos trabajos reafirman la idea de que la Historia no se puede explicar sin tener en cuenta a los verdaderos protagonistas de los acontecimientos y tampoco obviando las condiciones sociales y culturales que determinan sus vidas. Hay, en este sentido, un punto de encuentro entre las dos líneas de trabajo que me ha tocado realizar —carlismo y comunismo en la Guerra Civil y la posguerra—, un vínculo que, precisamente, está relacionado con el modo social de vida (la Navarra rural de los años 30) que marcó la actitud política de importantes sectores de la población, de forma más específica con el papel que jugaba la religión en la sociedad navarra durante este periodo.

24

Frente a una religión entendida como instrumento de dominación por parte de la oligarquía, capaz de manipular a franjas enteras de población contra el Gobierno republicano, tal y como lo interpretaba el marxismo más ortodoxo, nos encontraríamos ante una religión que forma parte de la cultura popular y que no determinaría, necesariamente, el posicionamiento social de estos sectores de la población navarra. Esta forma de entender la religión como componente de la cultura popular es la que habría llevado, por ejemplo, a Jesús Monzón Repáraz primero a proponer la creación de un partido social-católico para arrebatarse al carlismo su poderosa base popular durante el periodo republicano y, ya bajo el franquismo, a incluirlo en la Unión Nacional que pondría fin a la dictadura y sentaría las bases para una nueva España democrática.

Tal interpretación del fenómeno religioso tampoco era totalmente novedosa. De hecho, Jesús Monzón se inspiraba para hacer estas propuestas en los *13 Puntos de Negrín*, que, implícitamente, reconocían el error cometido por algunos grupos revolucionarios al chocar frontal-

3. La investigación quedó paralizada debido a la larga enfermedad que, finalmente, acabó con la vida de Javier Tusell, director de la tesis. Además, la biografía de Jesús Monzón y los otros trabajos biográficos sobre militantes comunistas navarros ralentizó durante varios años la investigación inicial sobre el carlismo. Tampoco resultó nada fácil hacer compatible los continuos viajes para realizar las entrevistas y consultar archivos en diferentes ciudades con el trabajo como periodista en la redacción madrileña de *El Mundo*, entre otras razones porque el Departamento de Educación del Gobierno de Navarra había rechazado la solicitud de ayuda económica que me habría permitido dedicarme enteramente a la tesis. Según su respuesta, en aquellos momentos de bonanza económica y multimillonarios proyectos infraestructurales, porque no contaba con "dotación presupuestaria suficiente" para apoyar esta investigación.

4. LARRAZ ANDIA, Pablo y SIERRA-SESÚMAGA, Víctor *Requetés. De las trincheras al olvido* La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.

mente con la religión tras la proclamación de la II República en 1931. No deja de ser curioso que algunos testimonios del propio periodo de la Guerra Civil ya reconocieran que el hecho religioso no es algo intrínsecamente opuesto a las ideas del socialismo. Así se puede apreciar cuando Santiago Carrillo llega a la conclusión, tras interrogar a varios requetés presos, de que aquellos jóvenes podían estar perfectamente al otro lado de las trincheras⁵. Se trata de un testimonio especialmente significativo porque Santiago Carrillo fue quien dirigió la persecución contra la “desviación monzonista”. De la misma forma nos podríamos referir a las palabras del militante carlista Antonio Izu, cuando marca una clara diferencia entre la forma de entender la fe cristiana en la Navarra media, donde, según él, hasta los comunistas iban a misa, y la forma de practicarla en algunas zonas de Castilla, donde los curas eran los primeros en faltar a la religión⁶.

Yo creo que esta ha sido la mayor “lección” historiográfica en mi experiencia como investigador. En esos trascendentales momentos para la Historia de España, sobre todo desde algunas formaciones de la izquierda revolucionaria, se mantuvo una concepción reduccionista del papel de la religión que tendría graves consecuencias políticas. Los ataques frontales ante el hecho religioso fueron percibidos en muchas zonas de España y, de forma muy especial en toda la franja septentrional de la Península Ibérica, como una amenaza a unas creencias que impregnaban la vida cotidiana y la cultural de las clases populares, por lo que importantes sectores del mundo rural decidieron respaldar la insurrección militar. Este fue un factor esencial para un apoyo sin el que el golpe militar contra el Gobierno de la II República no habría salido adelante, un apoyo que se puede cuantificar en los miles de voluntarios que se alistaron al Requeté al comenzar la sublevación en Navarra, Álava, La Rioja y parte de Guipúzcoa. Así lo manifiestan numerosos testimonios, llegando a asegurar varios de estos combatientes que si no se hubiera atacado tanto a la religión, el Requeté no habría tomado las armas y la insurrección habría fracasado, por lo que España seguiría siendo hoy una República.

25

En relación con el carlismo, aparecerían una serie de artículos complementarios y de temática diversa, como los publicados en las diferentes entregas de *La Guerra Civil Española. Mes a mes y El franquismo. Año a año*, difundidas por Unidad Editorial-diario El Mundo entre los años 2005 y 2006⁷. Mayor importancia, desde el punto de vista de la aportación histórica, tuvieron los artículos *Navarra 1937-1939: el fiasco de la Unificación*, publicado por la revista Príncipe de Viana (número 244, mayo-agosto de 2008) y *Los papeles de la Junta* (revista

5. CARRILLO, Santiago *Memorias* Planeta, Barcelona, 1994. Pág. 596.

6. FRASER, Ronald *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* Crítica, Barcelona, 1979. Tomo 1, pág. 168.

7. En *La Guerra Civil Española. Mes a mes* los siguientes artículos: El protagonismo del carlismo (Tomo 23), La participación monárquica (Tomo 32), La “traición” del Tibidabo (Tomo 34) y El carlismo en la oposición (Tomo 35); en *El franquismo. Año a año*: La huelga general de 1951 (Tomo 11), El carlismo vuelve a tener rey (Tomo 12); Los estudiantes tradicionalistas se unen a las revueltas (Tomo 16); La autoproclamación de Carlos Hugo (Tomo 17), Los tradicionalistas abuchean al príncipe Juan Carlos (Tomo 20), La boda de Carlos Hugo (Tomo 24), 60.000 carlistas en Montejurra (Tomo 25), Franco expulsa a los Borbón Parma (Tomo 29), La batalla del Tercio Familiar (Tomo 31), El carlismo entra en la Junta Democrática (Tomo 34) y Batalla campal en Montejurra (Tomo 36).

APORTES, número 72, 1/2010), en el que realizaba mi propia aportación al tema de la represión durante la Guerra Civil.

Este último ensayo, elaborado a partir de una exhaustiva lectura de la documentación correspondiente a la Junta Central Carlista de Guerra depositada en el Archivo General de Navarra, tenía como objetivo aclarar y delimitar los distintos grados de responsabilidad del carlismo en las ejecuciones perpetradas en territorio navarro durante los primeros meses del conflicto. Con la investigación central sobre el carlismo prácticamente terminada, consideraba que la gran complejidad del movimiento legitimista no permitía realizar generalizaciones atribuyéndole el peso de la represión en su conjunto.

Precisamente un debate entablado en internet, tras la publicación por el historiador mejicano Edgar González Ruiz del artículo *Requetés y atrocidades del franquismo*, dio pie a la edición del libro *Carlismo y "represión franquista". Tres estudios sobre la Guerra Civil y la posguerra* (Ediciones Arcos, Madrid, 2009), prologado por José Andrés-Gallego, en el que se que recogían varios artículos de Josep Miralles y míos sobre este tema. Uno de ellos reproducía la ponencia *La represión de boina roja*, presentada en el Congreso Internacional sobre la Guerra Civil Española organizado por el Ministerio de Cultura en noviembre de 2006.

La participación en este congreso celebrado en Madrid me permitió constatar lo extendidas que estaban, incluso entre los historiadores, algunas simplificaciones sobre el carlismo y que todavía no se tenían en cuenta las recientes aportaciones historiográficas volviéndolo a estudiar como un fenómeno sociopolítico de gran complejidad cultural y antropológica⁸. Lamentablemente, cuando abrió sus puertas en Estella el Museo del Carlismo, pude comprobar que este esquematismo se reflejaba también en su apuesta museográfica. Su exposición principal y permanente aparecía encorsetada, al principio y al final, por simplificaciones que no estaban a la altura de los avances académicos en la materia. En el comienzo de la muestra, al explicar sus orígenes, el carlismo queda reducido de forma tópica a una reacción absolutista y contrarrevolucionaria sin tener en cuenta sus vínculos con aquellos sectores que, oponiéndose al proyecto político de la burguesía a comienzos del siglo XIX, pretendían salvar los valores democráticos que los derechos forales constituían en el Antiguo Régimen⁹. Verdadera consternación provocaba que esa exposición central acabara con la tajante afirmación de que el carlismo se había integrado en la Falange,

26

8. Sobre todo son especialmente sugerentes las aportaciones de Jordi Canal, Julio Aróstegui, Jaume Torras, Josep Fontana, J. Agirreazkuenaga, J. M. Ortiz de Orruño, Pere Anguera y Jesús Millán en *El Carlisme. Sis estudis fonamentals* (L'AVENÇ, Barcelona, 1993); de Eduardo González Calleja, Jordi Canal y Julio Aróstegui en *El carlismo y las guerras carlistas* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2003); de Jeremy MacClancy en *The Decline of Carlism* (University of Nevada, Reno USA, 2000) o los diferentes trabajos de Francisco Javier Caspistegui sobre la relación entre política y cultura popular, incluido el papel de la religión, la familia y las celebraciones festivas.

9. Se notaba, por ejemplo, la falta de referencias a las diferentes posiciones en esta materia durante los debates previos a la Constitución de 1812 en Cádiz, en concreto las divergencias del sector centrista liderado por Melchor Gaspar de Jovellanos o las posturas regionalistas mantenidas por el Barón de Eroles dentro de la insurrección realista.

algo que no se corresponde con la realidad de lo ocurrido en torno al Decreto de Unificación, según las últimas investigaciones.

De la misma forma, me resultó incomprensible el rechazo por la Red de Bibliotecas de Navarra de dos obras que intentaban precisamente ampliar la visión historiográfica sobre este complejo fenómeno político. Una de ellas —*Andanzas de un carlista del siglo xx*— explicaba la evolución del legitimismo desde la experiencia personal de uno de sus principales protagonistas en Navarra. La otra —*Muthiko Alaiak. 75 años de nuestra Historia*— reflejaba la primera y más importante experiencia de una asociación surgida en los años 30 con la expresa finalidad de promover y difundir la cultura vasca en Navarra al margen de presupuestos nacionalistas¹⁰.

No por ser, respectivamente, un testimonio personal y el de una sociedad recreativo-cultural, se puede menospreciar el histórico y significativo valor de estas obras. En mi opinión contribuyen a esta mejora en el conocimiento del carlismo y, por lo tanto, son merecedoras de estar a disposición del público en las bibliotecas navarras, igual que las obras sobre esta materia ya citadas tanto en este texto como en las notas a pie de página. Aún se podrían añadir otras, como *El naufragio de las ortodoxias*, de Francisco Javier Caspistegui; *Banderas blancas, boinas rojas*, de Jordi Canal; *El carlismo navarro durante el primer franquismo*, de Aurora Villanueva; *Carlismo y contrarrevolución en España*, de Martin Blinkhorn o *La oposición política al franquismo*, de Harmut Heine¹¹.

No cabe duda de que la prevalencia de los movimientos sociales como objeto de estudio en los años 70 y 80 y, por el contrario, la incipiente presencia de la denominada “nueva Historia” han jugado “una mala pasada” a todos estos sujetos históricos, cuyo protagonismo queda neutralizado por las distintas “historias oficiales” o por visiones más generales que infravaloraban la potencialidad de los individuos o de determinados grupos sociales como motores de la Historia. Por eso tengo que reconocer la inestimable ayuda metodológica de las innovaciones historiográficas hechas por Paul Thompson respecto a la historia oral, Jim Sharpe sobre la historia desde abajo, Giovanni Levi en su microhistoria o por Peter Burke al revalorizar el estilo narrativo para explicar los acontecimientos¹².

27

10. En la autobiografía *Andanzas de un carlista del siglo xx* (Fundación de Amigos de la Historia del Carlismo, Pamplona, 2001), de Tomás Martorell Rosáenz, padre de quien firma este artículo, cayó sobre mi responsabilidad la edición y ampliación documental a partir de borrador presentado por el autor, mientras que en el libro *Muthiko Alaiak. 75 años de nuestra Historia* (Muthiko Alaiak, Pamplona, 2006) corrió a mi cargo toda la primera parte, dedicada al surgimiento y evolución de esta conocida sociedad pamplonesa.

11. BLINKHORN, Martin *Carlismo y contrarrevolución en España* Crítica, Barcelona, 1979; CANAL, Jordi *Banderas blancas, boinas rojas* Marcial Pons, Madrid, 2006; CASPISTEGUI, Francisco Javier *El naufragio de las ortodoxias* Eunsa, Pamplona, 1997; HEINE, Harmut *La oposición política al franquismo* Crítica, Barcelona, 1983; VILLANUEVA, Aurora *El carlismo navarro durante el primer franquismo* Actas, Madrid, 1998.

12. Especialmente útil me ha sido la obra *Formas de hacer Historia* (Alianza Universidad, Madrid, 1993) coordinada por Peter Burke.

En mi experiencia como historiador ha sido especialmente gratificante recibir el Premio Internacional de Historia del Carlismo, pero también comprobar que la biografía de Jesús Monzón se convertía en referencia no solo para los últimos trabajos sobre el maquis sino para proyectos de mayor repercusión entre la opinión pública, como ocurre con la novela *Inés y la alegría*, de Almudena Grandes, uno de los más importantes *bestsellers* de los últimos tiempos. También el libro de Pamiela sirvió de principal inspiración en el documental cinematográfico sobre este personaje realizado por la productora catalana Optim tv en colaboración con la Generalitat de Catalunya, la Televisión de las Islas Baleares, el Gobierno Foral de Navarra y la Comunidad Autónoma Vasca.

Pero, siendo importante este reconocimiento, aun doy más valor a los comentarios de otros historiadores destacando el esfuerzo hecho en esa biografía para acercar el estilo narrativo propio de la literatura a un libro de Historia. La unión de novela e Historia siempre ha sido un sugerente reto para la historiografía pero también una peligrosa aventura en la que, con frecuencia, queda sacrificado el rigor histórico. Este intencionado objetivo de lograr una obra rigurosa y al mismo tiempo de fácil lectura, incluso para las personas poco interesadas en este tipo de temas, creo que es lo más satisfactorio de mi trabajo como historiador, sobre todo en estos duros tiempos en los que la hegemonía del espacio cibernético pone permanentemente en cuestión la tradicional producción editorial.